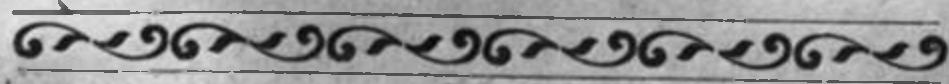


BN
972.9302
6643C



COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

DOS PALABRAS:

Doy a la atención y a la simpatía del público, mi Folleto: «CANTO AL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA Y A LA RAZA INDÍGENA».

No es una joya en el concepto literario; sino simplemente un homenaje sencillo pero sentido, que tiende a exaltar las glorias inmarcescibles del Descubrimiento y el heroísmo e infortunio de la raza primitiva.

Es un canto emotivo, salido de los más puros rincones de mi alma; que ama con ardiente devoción: el acerbo de todo nuestro pasado ilustre.

Casi nadie, con raras excepciones, se ha dado a la hermosa tarea de especular en el inagotable y provechoso campo de la historia: donde existen tantas páginas olvidadas, que no se han dado a conocer.

Nada se ha escrito que enaltezca y dé relieve, después de «ENRIQUILLO» y «FANTASÍAS INDÍGENAS» a la contienda heroica que, en defensa de su libertad, sostuvo la raza contra los conquistadores españoles.

010570





En otros países, es misión sagrada y patriótica de bien nacional: hacer que todas las glorias y los méritos del pasado, se condensen en el libro, propagador eficaz y valioso de las grandezas pretéritas de un pueblo.

Aquí en Santo Domingo faltan, necesariamente: ensayistas que se dediquen con amor y consagración al trabajo noble de las investigaciones; procurando de esa manera enriquecer el Archivo Nacional; y dejando a las generaciones que nos sucedan, abundante y rico material de ilustración.

Empero, mi pequeño trabajo no tiene pretensiones de ensayo ni especulación histórica. Es solamente lo que expresa: un Canto.

Toda persona, pues, que ame y admire el recuerdo inmortal de aquel grandioso acontecimiento y la memoria dolorosa de aquella raza heroica, tan ligados a nosotros; debe, por identificación con ese pasado; acoger con simpatía y benévolo interés este Folleto.

¡De esa manera contribuirá a honrar las viejas y gloriosas tradiciones de nuestra patria!

Porfirio GONZALEZ T. .

Ciudad Trujillo, D. S. D.

República Dominicana.

Noviembre 10, 1936.

I

Las naves colombinas seguían su ruta interminable a través de mares insondables y desconocidos. Ya el desaliento ponía visos de tragedia en la larga y temeraria empresa, cuajada de heroísmos.

La esperanza se desvanecía en aquellos corazones recios y bravíos, templados para todas las contingencias del peligro; y ya comenzaban a sentirse invadidos por el temor en aquella imponente y larga noche de impenetrable misterio.

Sólo el intrépido y esclarecido visionario, a quien inmortalizara luego el beso de la gloria, con la epopeya monumental del Descubrimiento; permanecía impassible y sereno, con la augusta tranquilidad de los que aguardan, llenos de fé, en la consumación de los grandes y solemnes acontecimientos que marcan una etapa memorable en la historia de la humanidad.

Con la mirada en alto, escrutando las inmensidades del océano, más allá de los dilatados horizontes, como queriendo arrancar a lo ignoto el misterio de sus infinitas soledades; aguardaba con inquebrantable fé a que la mano infalible del destino consumara su obra inmortal!

Seguían las carabelas magestuosas, adversarias del viento, de blanco y atrevido velamen: su senda de inmortalidad y de gloria; que había de completar la geografía del orbe. Empero, cuando más se abismaban por las trágicas tenebrosidades de mares ignorados; se aprestaba ya la tripulación al desorden y al amotinamiento. Gritos de amenazas corrían en las naves ilustres. Quieren imponer su voluntad los insubordinados marinos, demandando el regreso a la patria, que significaba la vida y la seguridad, en contraste con la incertidumbre y el peligro de la singular y temeraria empresa.

Mas, la Providencia guiaba el genio sobre las inexploradas y tenebrosas sombras. ¡Y el milagro iba a cumplirse!

Confiado ya al ver que las aves, anuncio de tierra cercana, circundaban las carabelas; y descubriendo sobre la mansa superficie de las aguas ramas de verdes juncos; comprendió el atrevido nauta la proximidad del acontecimiento grandioso! Prometió, no obstante, a su desalentada hueste, el regreso a España si no avistaban, en un término cercano, la tierra prometida.

Siguieron adelante, siempre desconfiados los más, pero con la esperanza alentadora del regreso; hasta que desde la carabela «Pinta» lanzaba Rodrigo de Triana el grito de «tierra». Y en la madrugada memorable del viernes, 12 de Octubre de 1492: quedaba rasgada para siempre la nebulosa que envolvía un mundo.

II

¡Se había realizado al fin el sueño de Cristóbal Colón! Una hermosa isla aparecía frente a las miradas de la tripulación sorprendida, ebria de emoción y entusiasmo. Y al pisar la tierra virgen, elevaron de rodillas sus preces a Dios, en acción de gracias por el

triunfo de tan arriesgado viaje; y pidieron perdón al Insigne Descubridor por injurias y amenazas; tomando posesión de aquella deslumbrante y maravillosa isla en nombre de los Reyes Católicos; en cuyo suelo plantaron el pendón glorioso de Castilla.

Siguieron luego las frágiles carabelas del descubrimiento venciendo latitudes y acercando distancias, con sus alas hinchadas por los vientos. Continuaban las rutas inexploradas que envolvían las sombras del misterio. Y eran como fanales de gloria, iluminando el derrotero de los mundos ignorados.

Iban apareciendo el haz de islas antillanas. El grupo de islas maravillosas enjoyando el Atlántico, como paraísos enclavados en la zona de los trópicos ardientes.

O como vírgenes que durmieran un sueño milenario, arrulladas por la lira de los inmensos piélagos marinos; que fueran despertando al primer beso de la civilización.

III

Las glorias de España, la progenitora, son glorias inmarcescibles; no obstante sus graves errores. Con el esfuerzo de sus hijos, orientados por el genio de Colón, inmenso como el universo mismo, y grande y magnífico como la gloria; poseyó el vasto mundo de América, que mejor debió llamarse Colombia. Y después de iniciar y adelantar el esclarecido é inmortal completador de la geografía, la obra imperecedera del Descubrimiento, escribiendo así la página más heroica y estupenda de su época: siguieron luego, en éxodo brillante, iluminados por ese sol resplandeciente del genio, españoles y portugueses; hasta completar la monumental hazaña.

Ningún país pudo igualar a España en grandezas, tanto materiales como espirituales: ya que solamente a ella le estaba destinado, por la inexorable voluntad del destino, la inmortal y gloriosa empresa de descubrir y conquistar un vasto continente y un inmenso reguero de islas. Y habiéndoles dado su lengua, sus costumbres, su religión, su cultura, y el valor tradicional de su raza; están hoy unidas a ella con los lazos amorosos de la historia: veinte repúblicas hermanas.

Su período formaba paralelo, en las décadas que siguieron al descubrimiento, con sus glorias inmortales. Con Carlos V llegó España al doble pináculo del glorioso esplendor y de la máxima potencialidad; y fué tan vasto su imperio, que mereció la histórica y célebre frase del egregio y poderoso monarca: «EN MIS DOMINIOS JAMÁS SE PONE EL SOL».

Dichoso soberano que pudo disfrutar de la época más deslumbradora de la España conquistadora y civilizadora. Más afortunado que sus desdichados progenitores: Felipe el Hermoso, de la Casa de Austria, y Juana la Loca. Tuvo en sus augustas manos las riendas de la nación más poderosa del globo. Y el origen de esa grandeza se debió, primero, anterior a la época del magno descubrimiento: a la unidad de la patria con los lazos matrimoniales de los Reyes Católicos, Don Fernando de Aragón y Doña Isabel de Castilla; y la reconquista que terminó en Granada con la caída de Boabdil, el último rey moro.

IV

España había comenzado su obra con mano férrea, en este más tarde ilustre solar de la historia colombina. Y quizás se debiera a consecuencias propias de aquella época, según la opinión de algunos

historiadores; lo cierto es que la cruzada española en América, dejó el recuerdo doloroso del exterminio y la inmolación de la raza primitiva.

Cuando los conquistadores llegaron a esta hermosa isla, preferida por Colón; la primera en colonizar y la primera en recibir los frutos de la civilización, impuesta con el vía crucis del martirio; los indios quisqueyanos vivían orgullosos de su libertad; nobles y altivos en el dominio señorial de su suelo. Dichosos en sus agrestes viviendas; trabajadores infatigables en la rústica labor de la tierra; y combatientes heróicos en la guerrera lucha... ¡La musa del valor debió entonar, con lengua vibrante de coraje, el canto épico de la raza indígena!

Caonabo, que en lenguaje quisqueyano significa: SEÑOR DE LA CASA DE ORO, personificaba el valor extraordinario y el amor entrañable a la libertad de su raza; e indudablemente de élla heredamos los dominicanos ese sentimiento noble del patriotismo.

Disfrutaban los indios una existencia de imperturbable y dulce paz, antes de que la sojuzgadora mano del dominio y la esclavitud impusiera su círculo de hierro a la vida libre y feliz del pueblo quisqueyano.

Sus chozas o bohíos eran santuarios donde se rendía elevado culto al amor. Allí entonaban sus ardientes y voluptuosas mujeres sus dulces y tiernos cantos, de apasionado connubio. Y ejemplo de amorosa abnegación es aquella desdichada y hermosa Vanahí, ninfa del valle florido de Maguana, que inmortalizara su amor, bello y triste a la vez, con el sacrificio generoso y noble de su vida, cuando la suerte adversa sometía, en manos enemigas, al amado compañero, el bravo y esforzado Guarién.

Hay una sola excepción en la historia de la raza indígena, valiente en la defensa de su suelo y celosa

en el amor de su libertad. Guacanagarí, cacique de Marién, es un traidor. Ha entregado sus tierras al conquistador que sojuzga y mata; y ha armado su brazo para luchar contra sus hermanos. Pero la impiedad de su traición y su deslealtad debía pagarla luego con el justo remordimiento y el digno desprecio de sus connaturales. Símbolo del deshonor, en vergonzoso contraste con el heroico y glorioso, y nunca bien cantado cacique de Maguana, el campeón máximo nunca vencido, a no ser porque la mano torva del engaño y la vil astucia de los Alonso de Ojeda hace, del ofrecimiento de una pretendida amistad, una ficción cobarde para someterlo sin lucha. Pero Caonabo es el padre terrible de la venganza. Ha escrito ya una bella página del honor indígena, contra la profanación y el ultraje; destruyendo «La Navidad» y aniquilando la fuerza de los engreídos españoles, que en misión civilizadora; cometían los hechos más insólitos de profanación y barbarie que registra la historia americana.

Gobernaba estas fértiles y feraces regiones, bañadas por el cristalino Baní, por el Nigua murmurador y por el undoso Ozama: el egregio cacique, en unión de la hermosa y también desdichada Anacaona; a quien hizo ahorcar Nicolás de Ovando, a la sazón Gobernador de la Nueva Española; y de quien dice Don Bernardo Pichardo, en su «Resumen de Historia Patria», que «la historia mantendrá sobre su memoria el sangriento e inapelable anatema de los repartimientos y tendrá que execrar su nombre, cuando consigne que hizo subir a la trágica y fúnebre tarima a la Princesa de Jaragua».

Había puesto, con esta acción malvada y brutal, una mácula de ignominia en el honor y las glorias de España.

Seguía la obra devastadora de la conquista. Por doquiera cundía la desolación y la muerte. Y en la

noche del martirologio, el ave trágica cernía sus fatídicas alas sobre el destino de la raza agonizante!

Por todos los ámbitos sonaba el rayo exterminador. La muerte acechaba siempre, traidora, para clavar sus garfios acerados en la carne de los mártires indígenas, que habían perdido el derecho de la libertad y el derecho de la vida . . . ¡Oh raza infortunada; tu vida fué un poema de dolor, digno de ser escrito con la pluma de Homero; o esculpido con patéticos y dolientes cuadros, en la consagración del mármol o del bronce!

Sorpresa y angustia debió experimentar el indio altivo y libre, al ver extrañas huestes hollar la agreste santidad de sus tierras; penetrar el secreto de sus vírgenes selvas; profanar sus montañas, que eran como sagrados templos, elevando sus pétreas y azulosas cúpulas al cielo.

Sorpresa y angustia debió experimentar cuando el extranjero violaba la mansa y transparente linfa de sus ríos, donde se deslizaban, serenas y magestuosas, sus típicas y ligeras piraguas; cuando profanaba el santuario de sus amores; matando a sus hermanos y deshonorando a sus mujeres. . .

V

De esta isla, cuna del Nuevo Mundo, que tantas páginas brillantes debió dar a la Historia; seguían los conquistadores su ruta hacia los cuatro puntos del continente indohispánico. Las naves cruzaban los mares, llenas de aventureros, en busca del soñado vellocino de oro. Y el ansia de conquista, de poder y de gloria; condujo a la realización de extraordinarias y singulares empresas: a los Hernán Cortés, los Balboa, los Pizarro, los Alvarado, los Almagro, los Valdivia, los

Ponce de León; y tantos capitanes esforzados de la cruzada homérica de España.

Empero, de todos ellos a quien toca mayor gloria es, con imparcialidad y justicia, al extraordinario hijo de Extremadura, aquel coloso del valor y la intrepidez; realizando con un puñado de soldados heroicos, dignos emuladores de las epopeyas de Esparta: la extraordinaria conquista del magnifico y esplendoroso imperio mexicano. Pésele a las atrevidas y grandiosas empresas de Basco Núñez de Balboa, descubriendo el Pacífico; de aquel Fernando de Magallanes, ilustre lusitano, descubridor y explorador insigne; el primero en intentar el viaje de circunnavegación, que resulta colosal empresa, si se tiene en cuenta la época; no habiendo podido experimentar el triunfo de su gran odisea, por su muerte trágica acaecida en el archipiélago de las Islas Filipinas. ¡Sólo cupo este honor al español Juan Sebastián Elcano!

Las empresas de los demás españoles esforzados, coronados por la victoria y el heroísmo; aunque le rinda la historia sus homenajes y le cante con admiración la posteridad; no pueden igualar las glorias inmortales, ni sus frentes ceñir los laureles inmarcescibles que ganara el gran conquistador de la patria de Moctezuma y Cauthemoc.

VI

El Descubrimiento de América es el acontecimiento más extraordinario de la época moderna. Llena de glorias a España por la grandeza de esta obra monumental. Y graba en el santuario eterno de la inmortalidad, los nombres augustos de Cristóbal Colón, realizando la trascendental empresa; y de Isabel la Católica, noble y egregia soberana, patrocinando y

haciendo real el viaje que había de coronar el éxito más rotundo.

Empero, la grandeza de la nación ibera, en lo que concierne a este magno acontecimiento; es consecuencia de la mente iluminada de un hombre predestinado; y de la ilimitada bondad de una mujer excelsa que tenía los atributos, más de santa que de reina. Y quizás sin uno ni otra, España no ostentara hoy esos timbres gloriosos de su historia.

La hazaña del descubrimiento cambió el rumbo normal del universo. Hacia estas tierras convergieron el interés y las ambiciones de otros países, que le habían negado protección y ayuda al nauta esclarecido.

Las riquezas fabulosas de España y el florecimiento de su poderío causaron envidia en todas las naciones, que lucharon por despojarla de las tierras que había conquistado con su solo esfuerzo. Por tales ambiciones tuvo que afrontar guerras y luchar encarnizadamente con las hordas rampantes de piratas y corsarios que a sueldo, y con títulos nobiliarios algunos, como aquel Francisco Drake, de triste y desgraciada memoria; hostigaban las posesiones españolas de América, y atacaban los galeones que llevaban desde Asia, y Nueva España, cuantiosos tesoros y la Metrópoli.

VII

Pobre y olvidado murió el Insigne Sabio, que arrancara a las sombras del misterio con la portentosa realización del descubrimiento: un nuevo continente; mereciendo, tan solo, los frutos amargos de la ingratitude. En Valladolid se extinguió la noble vida del Genio Inmortal, que no tuvo más patria que el Universo.

La Corte de España quizo luego reparar la injusticia; glorificando su memoria y colmando a su ilustre vástago, Diego Colón, de honores y privilegios que no tuvo la dicha de disfrutar el Gran Iluminado. Y al efecto le confiere los títulos de Virrey, Segundo Almirante y Gobernador de la Nueva Española; llegando a esta isla donde había recibido el primero de los Colones el ultraje incalificable de sus gratuitos enemigos: en compañía de su bella consorte Doña María de Toledo, de la Ilustre Casa de los Duques de Alba; y brillante séquito de damas y caballeros de la nobleza española.

Las piedras ilustres del «Alcázar de Diego Colón», una de las muchas joyas históricas que enaltescen y dan lustre a esta Ciudad Primada; es obra de este Gobierno que, a pesar de su brillante período por sus virtuosas cualidades; no llegó a mejorar la suerte desgraciada de los indios esclavos; ya que se pensaba cambiar, con la inmigración de negros africanos, su triste y dolorosa suerte.

El repartimiento y la esclavitud, responsabilidad de la conquista ante el índice acusador de la historia y la posteridad: es una nueva página de martirio y ultraje vil a la soberana dignidad de una raza libre.

El benemérito padre Las Casas, que llenó su vida de bondad cristiana, siempre noble y generoso; merece, defendiendo la causa nobilísima de los indios: el canto emotivo de la admiración universal, como ejemplo vivo de amorosa piedad frente a la angustia de aquellos seres olvidados de la suerte; hermanos en el derecho de la igualdad humana. Y es acreedor a que sobre la dulce paz de la tumba que guarda, avara, sus restos bendecidos; reverdezcan y se renueven perennemente: los laureles sagrados de la inmortalidad.

¡La musa del dolor cantó muy triste el sacrificio de la raza infortunada! Caonabo, el glorioso cacique

